



DIÁLOGO NOVENO.

DE CÓMO EL ALMA HA DE SALIR Á LAS CRIATURAS
Y ENCERRARSE DENTRO DE SÍ MISMA.

§ I.

MAESTRO. Bien has madrugado, hijo De-
seoso.

DISCÍPULO. Tal me va en ello; apenas he
podido dormir esta noche con el extraordina-
rio gozo que mi alma ha sentido en el ejerci-
cio de aspirar á Dios y bajar al conocimiento
propio.

MAESTRO. De manera, que esos altos y
esos bajos te han hecho agradable música en
el corazón.

DISCÍPULO. No sabré declararte cómo ha
sido eso con ningunas palabras; pero atrevo-
me á decir que á la medida del conocimien-



DIÁLOGO NOVENO.

DE CÓMO EL ALMA HA DE SALIR Á LAS CRIATURAS
Y ENCERRARSE DENTRO DE SÍ MISMA.

§ I.

MAESTRO. Bien has madrugado, hijo De-
seoso.

DISCÍPULO. Tal me va en ello; apenas he
podido dormir esta noche con el extraordina-
rio gozo que mi alma ha sentido en el ejerci-
cio de aspirar á Dios y bajar al conocimiento
propio.

MAESTRO. De manera, que esos altos y
esos bajos te han hecho agradable música en
el corazón.

DISCÍPULO. No sabré declararte cómo ha
sido eso con ningunas palabras; pero atrevo-
me á decir que á la medida del conocimien-

to propio es el que se alcanza y tiene de Dios.
MAESTRO. No dudes de ello; que aun el venerable Beda afirma de la humildad, que es la llave de la sabiduría. Y en las vidas de los Padres se escribe de un monje, que ayunó setenta semanas por comprender un secreto de la divina Escritura; y no pudiendo conseguirlo, se fué á pedir consejo á otro monje; mas habiéndoselê aparecido un Angel en el camino, éste le dijo: «Setenta semanas ayunaste, y no te acercaron á Dios; mas por la humildad y conocimiento de tu insuficiencia, has merecido que yo de su parte venga á enseñarte lo que deseas saber». San Bernardo comparó esta virtud á los arcaduces, por donde se trae el agua encauzada á los pueblos; que en quebrándose aquéllos, deja ésta de correr, y se siente la falta. Y de ahí le nace al demonio el procurar con tan ansioso cuidado destruir en nosotros esa virtud, como le tuvo aquel malvado Holofernes de romper la cañería por donde entraba el agua á la ciudad de Betulia. Al fin, es admirable mezcla la que se hace de lo alto de Dios, y de la nada del hombre. Y agrádase mucho aquella soberana grandeza, cuando viéndonos favorecidos y llegados á sí, descendémos como rayos al conocimiento propio (y á la nada que en verdad somos). ¡Divino Bautista, que le pone el Hijo

de Dios la cabeza en sus manos y luego se deja caer á sus piés, y más se bajara si más pudierá; pero, al fin, confiesa que no es merecedor de desatar la correa de su zapato! Y, en todo caso, responde: «Yo debo de ser bautizado de tí; ¿y tú vienes á que yo te bautice?» Halló réplica la mayor humildad. «Deja hacer, Juan, dice Cristo, que así nos conviene á los dos cumplir toda justicia». Á lo menos, podré certificarte que es éste el mayor encarecimiento de humildad de cuantos yo he oído y leído. Porque si bien se pesan las palabras del humildísimo Jesús, toda la justicia consiste en humillarse del hombre; y Él mismo pareció y fué visto justísimo por ser humildísimo. «Así conviene», dice San Bernardo; así conviene que venza en humildad el que vence en alteza; y que se humille más que todos el que es más alto que todos». **DISCÍPULO.** Paréceme que llevas hilo para que otra vez nos anochezca tratando de los dos caminos de subir y bajar. **MAESTRO.** No te maravilles de que cargue aquí tanto la mano, porque el alto edificio no le asegura sino el bajo y hondo cimiento. Dijo muy bien San Agustín, que el que quisiere alcanzar la alteza de Dios, había de abrazar primero la humildad de Dios. Y yo te digo, que si en esto no guardas proporción, te des-

peñarás, sin duda, del alto monte de la contemplación; que el contemplativo quiere ser muy humilde, porque el fiador de la contemplación es la humildad. Mas porque de propósito y magistralmente traté ya de ella, y quedó asentado que es la primera puerta para el reino de Dios, no digo otra cosa sino que repares en una palabra que pesa mucho en este camino, y dice: *Libres subidas*.

DISCIPULO. En verdad que me saliste al encuentro; porque harto he echado yo de ver que no está ociosa ni sobrada esa palabra.

MAESTRO. El Canciller parisiense definiendo ó describiendo la contemplación, en cuanto á aquella parte que es obra del entendimiento, dice así: «Contemplación es un mirar agudo y una vista despabilada y libre del alma, que se derrama por todas las cosas dignas de consideración, y en ellas, investigando y rastreando, como perro de muestra, halla lo que la voluntad gusta; al cual gusto se sigue un conocimiento mayor y más alto que el que se alcanza por sólo el entendimiento ó por leer las divinas Escrituras». Hasta aquí son palabras del Canciller; y lo que principalmente quiero que notes en ellas, es aquella libertad que pide en el alma para contemplar á Dios. Y mira bien, que si el entendimiento ha de estar libre y desembarazado, no

embaraces tú, ni cautives la voluntad, que, como sabes, es la señora. Y para que sea con fruto la contemplación, ella ha de ser la que principalmente obre, porque es la que pide y la que recibe el suavísimo ósculo de Dios. En una palabra te dire lo que requiere un largo tratado: que como la libertad del entendimiento consiste en desnudarse de fantasías é imágenes de cosas criadas, y, al fin, de todo aquello que percibe por los sentidos exteriores, y de todos los discursos y devaneos que él puede, por sí y por sus vecinas las demás potencias inferiores, urdir, así consiste la libertad de la voluntad en que esté desasida y desarraigada de todo pecado, de toda ocasión de pecar y de todo afecto ó afición al pecado, y de todas las criaturas, que con amor desordenado se suelen amar. Y con esto me despido de esta materia, aunque no quisiera, porque es, sin duda, muy agradable y de grande importancia, y, al fin, habremos de platicar de ella algún día, aunque queda dicho mucho en la primera parte de los *Triunfos*; en el capítulo xiv podrás tener recurso, entre tanto que se me ofrece ocasión para tratar de estos impedimentos.

II.

Y salgamos á abrir al divino Esposo, que, helado de frío, la cabeza escarchada y llenos los cabellos del rocío de la noche, llama á la puerta; porque si se ama más el retraimiento secreto y el ocio de la contemplación que el acudir á la necesidad del Esposo, que muchas veces padece en sus criaturas hambre, sed, frío, cansancio y otras miserias, piérdese, sin ninguna duda, el merecimiento de la caridad y el sabor y gusto de la santa ociosidad.

DISCÍPULO. Y débese de enojar el Esposo cuando no se acude luego al remedio de los prójimos, que son sus miembros; porque en los *Cantares* se dice, que emperezando el alma, su esposa, y ronceando, si así se sufre decir, por no levantarse de la cama, ni ensuciarse los piés, Él se fué y la dejó llena de desconsuelo.

MAESTRO. Y aun le fué forzoso ir en busca de él por las calles, callejas y plazas de la ciudad, y pasar hartos tragos amargos en este camino. Por lo que te pido, hijo mío, que dejando á tiempo el ocio santo y la introversión, de que oirás adelante, salgas por un general amor á todos los hombres del mundo; y cuando de tí tuvieren necesidad forzosa, á

cada uno en particular; porque la caridad, que te llama á los suavísimos abrazos de Dios, esta misma te manda que no faltes á tu prójimo, habiéndote menester. Y mira bien que dice San Juan que tenemos expreso mandamiento del Señor para que quien amare á Dios, ame á su hermano por Dios.

DISCÍPULO. Mucho deseo saber de dónde nace esa obligación, que has dicho, de amar á todos los hombres en general.

MAESTRO. Pláceme de decírtelo, pero presupongo de antemano que estás bien en una importantísima verdad; conviene á saber: que el hombre debe todo su amor, cuanto tiene, y á sí mismo, á Dios, y que ésta es la principal obligación y primera deuda con que se entra en el mundo; y que si este amor primera y principalmente se diese á alguna criatura, se le haría grandísima injuria al Criador. ¿Estás en esto?

DISCÍPULO. Muy bien.

MAESTRO. Siguese, pues, que el hombre no debe, por obligación forzosa, amor á ninguna criatura, por muchos y costosos servicios que tenga recibidos ó reciba de ella, sino á sólo Dios, que por la tal le provee y remedia tan abundantemente; porque todo el bien que recibimos de las criaturas es cierto que le recibimos principalmente de Dios, por

quien todas ellas viven y tienen sér; y así, ninguna debe pedirnos retribución, ó paga de amor, ó agradecimiento, ó de honra por los servicios que nos hace, sino recurrir á Dios, de quien recibió lo que tiene y nos comunica; que de otra manera se seguiría que todo el mundo no estaría obligado á Dios de obligación y deuda natural. Mas porque el hombre debe primera y principalmente su amor á Dios, como deuda de que ninguno puede huir, está también obligado á amar aquellas cosas que son y pertenecen á Dios, en cuanto suyas, y no de otra manera; y porque todas las criaturas son suyas, en cuanto tales, les debe amar, fundado en la primera obligación y deuda que tiene de amar á Dios. La cual segunda obligación por fundarse en aquella primera, no se puede llamar propiamente segunda, ni otra que la primera, en la cual se contiene. Y porque no todas las criaturas son iguales, y entre ellas, aquella es mayor que representa más al vivo su imagen y semejanza: luego después de Dios, se ha de amar el hombre, como imagen viva suya; pues inmediatamente se sigue á Dios su viva imagen.

§ III.

DISCÍPULO. Dejado aparte lo que la Sagrada Escritura dice, conviene á saber: «Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza», cómo se conoce que el hombre es imagen de Dios?

MAESTRO. Por razón natural; porque voz es de todas las criaturas, sin discrepar ni faltar una, que juntas confiesan esa excelencia y dignidad en el hombre. En todas ellas hay orden, como sabes; y unas más, y otras menos, cada cual representa á Dios y le imita; más las que viven, que las que no tienen vida; más las que sienten, que las insensibles; más las que entienden, que las que carecen de entendimiento; que á estos tres grados se reducen todas; y en esta escalera, que de ellas se hace de imitación, en el hombre se halla el último grado de imitar, y por consiguiente, es cumplida imagen de Dios; en el cual, como el sello imprime todas sus figuras y rayas en la cera, imprimió Dios su viva imagen. Esto entiende cuanto al ánima; porque siendo Dios todo espiritual é intelectual, de ninguna manera podía ser su imagen corporal. Y colige de aquí, como buen lógico, que si después de Dios se ha de amar luego su imagen, que

tu amor ha de ser principalmente espiritual, pues lo es la imagen de Dios; y general, pues, que todos los hombres, en cuanto hombres, representan á Dios y son retratos é imágenes tuyas vivas, ora sean amigos, ora enemigos, ora te dañen, ora te aprovechen, porque en tanto que no dejaren de ser hombres, no pueden dejar de ser imagen de Dios, ni tú de amarlos si amas á Dios.

DISCÍPULO. Y ese amor general, ¿tan grande ha de ser?

MAESTRO. Como el que te tienes á tí; porque en todos hay un mismo respeto y consideración, que es ser imágenes de Dios; y amándoles en cuanto tales, no hay razón de amarte á tí más, ni con otro amor que á ellos, ni entre ellos á uno más que á otro; aunque no condeno por esto el amar más á una criatura que á otra, cuando en ella hubiere más razones para ser amada con aventajado amor; porque el alma que ama á Dios tiene y guarda orden en la caridad. El bien, pues, que te deseas á tí en cuanto hombre y en cuanto imagen de Dios, ese mismo les corresponde á todos los hombres, por ser todos unos en la naturaleza y representar un mismo Dios. Y por aquí entenderás la grande amistad que debe haber entre todos los hombres; la mucha paz, unión y concordia, por ser una mis-

ma la causa que á amarle les obliga, que es ser imagen viva de Dios; cuyo amor, así como es justísimo y muy debido de derecho natural, así lo es el que nos hemos de tener los unos á los otros. Los cuales, ambos á dos, y bien mirado el asunto, caen debajo de una misma obligación, como anteriormente probamos. Deducirás también de aquí que hay dos ligas maravillosas de amor: una entre Dios y los hombres, los cuales están obligados primera y principalmente á amarle por derecho natural; otra, entre sí mismos, por las razones antedichas. Y porque este segundo vínculo y atadura tiene su fundamento en el primero, síguese que es imposible que se ame á Dios sin que se ame al prójimo; porque luego que hay amor de Dios, le ha de haber de su imagen, y necesariamente falta este segundo amor si falta el primero. Y porque deseo que quedes bien enseñado en que este amor ha de ser general y sin distinción de personas, que es lo que dice el tercer camino: *Virtuosas salidas á todos los hombres por una general fidelidad y amor de la largueza de Dios*; pon los ojos en todas las criaturas que Dios crió para servicio del hombre, y verás que sin ninguna diferencia sirven á todos los hombres, y, en cuanto está de su parte, á ninguno más que á otro; ni tienen más cuenta con el rey que con el

plebeyo, con el pobre que con el rico, con el grande que con el pequeño; igualmente trabajan por todos. Y sino, observa la tierra, el agua, el aire, el fuego, los árboles, las plantas y las demas criaturas, y verás cómo, en cuanto está de su parte, se dejan gozar igualmente de todos, y de ninguno huyen. Especialmente se echa de ver esto en el sol, que entre todos los planetas es el nobilísimo, que en su manera de alumbrar no distingue de personas; desde por la mañana, cuando sale, alumbraba igualmente á todos.

DISCÍPULO. Y ¿de dónde nace esta generalidad é igualdad de servicios para todas las criaturas?

MAESTRO. De la ordenación del Criador, que quiso que, como todos somos un hombre en cuanto á naturaleza, en cuanto á imagen cuya fuesen también iguales y generales los servicios. De manera que no hay que pensar nadie en que criaturas tan nobles le sirven con ningún otro respeto que éste, conviene á saber: el de ser imagen de Dios; porque quitado éste de por medio, no merecen los hombres ser servidos por ninguno. Ahora bien; si las criaturas todas movidas por Dios, así, generalmente, sirven al hombre porque representa á su Criador, ¿cuánto mayor motivo habrá para que hagan esto los mismos hombres,

supuesto que cada cual reconoce en el otro la imagen de Dios, que obliga á todos á amarse, y especialmente los cristianos entre sí, que demas de esto reconocen un Padre, un Dios, una fe, un bautismo, y viven con la esperanza de una vocación? Más te quiero decir, y es que leyendo las obras del divino Rusbrochio y Blosio, he notado estos días que uniformemente dicen ambos, que cualquiera que mediante la caridad deseara juntarse á Dios, que es el más justo deseo que puede tener la criatura racional, conviene que, con un amor general y encendido, ame generalmente á todos los hombres, con el fin de atraerlos á la felicidad eterna y bienes del cielo. Sea, dicen, manso de corazón, piadoso y que fácilmente se mueva á compasión y se haga partícipe de la pobreza, trabajos y miseria de todos los hombres, derramando ó comunicándose á todos y á cada uno de ellos, sin distinción de personas, aunque no sin atención á los merecimientos y al orden de la caridad, para remediarlos en las tales necesidades. Y si has de ser compasivo (porque hablemos en particular) en las miserias de tu hermano, razón es que en sus prosperidades y buenos sucesos te alegres y des gracias al Señor, como lo dejó puesto en plática el Apóstol San Pablo; el cual con los alegres se alegraba, y con los

tristes se entristecía; y por ganarlos á todos, se hacía todas las cosas en bien de todos. Y el Redentor del mundo beatificó los misericordiosos y les aseguró en el cielo la misericordia. Y en su Evangelio dejó escrito este riguroso canon: «Por la medida que midiéreis habréis de ser medidos». Que fué decirnos, en una palabra, que la medida de nuestra misericordia para con el prójimo será la que Él emplee para con nosotros.

§ IV.

Tal cual deseas hallar á Dios y á los hombres para contigo, así has de procurar ser para con Dios y para con ellos. Míralos con ojos piadosos, y en cualquiera tribulación interior ó exterior que los halles, procura favorecerlos, ora con tu hacienda, ora con tus consejos, ora con tus oraciones y ruegos. Si puedes poco, no lo niegues á tu prójimo; si no tienes más que palabras, dáselas; y si éstas te faltan, no te falte el corazón piadoso. En cualquiera de los hombres se ha de reverenciar la imagen de Dios trino y uno; y las amarguras que contra alguno se ofrecieren al alma, con el azúcar de la caridad se han de poner dulces, y desterrarlas luego de ella. No desprecies á nadie, ni del mayor pecador del mundo des-

confíes, ni le juzgues ó condenes temerariamente. Á tí mismo escudriñate, y con ojos de lince mírate de piés á cabeza, y si hallares en tí alguna cosa de resplandor y de lustro, has de deshacerlo cuanto pudieres, ponderando tan solamente tus defectos y negligencias. La vista de paloma guárdala para el prójimo, cuyas virtudes, si alguna tiene, has de levantar hasta los cielos, haciendo, si puedes, de una mosca un elefante, engrandeciéndolas lo posible, aunque sin mentira ni lisonja. Excusa sus pecados, y echa sobre ellos la capa de la caridad, que San Pedro llamó cubrefaltas, y todas sus cosas interprétalas en el mejor sentido. Y advierte, que lo que en presencia suya no te atrevieras á decir, debes no decirlo en su ausencia. Si la obra fuere tal que no admita intención sana, por ser contra algún precepto divino, excúsala como pudieres, ó con la fragilidad de la naturaleza humana, que al fin somos débiles y quebradizos todos, ó diciendo que es permisión de Dios para provecho del caído, ó que ya estará reconciliado, como otra Magdalena, que siendo juzgada del fariseo por pecadora, fué sentenciada por Cristo como santa; ó como el publicano, á quien el fariseo vanaglorioso condena en su oración, mientras Dios acepta la del humilde y su confusión y reprueba y condena la del

soberbio fariseo. Y si para nada de esto hay lugar, piensa que si las tentaciones con que el pecador fué combatido vinieran sobre tí, sin duda caerías tú más miserablemente que él. De esta manera, como abeja codiciosa y artificiosa, sacarás de todo lo que vieres provecho para tu alma; que es coña de admiración ver algunos hombres, con título de espirituales, tan llenos de ojos para ver las faltas ajenas, y tan sin ellos para las propias, como si los hubiera Dios constituido jueces del mundo, ó si hubiera dicho por ellos: «El espiritual juzga todas las cosas». Son grandes censores de los otros, estando de sí muy pagados y satisfechos, y queriendo reformar muy por el cabo las faltas de sus prójimos, á sí mismos se dañan, y á ellos no les aprovechan, porque esto no les nace de caridad, sino de una vana complacencia que de sí tienen, y de un desprecio intolerable de los otros. Estos digo yo que son aquellos fariseos, que para sacar la paja que ven en el ojo de su vecino, se quiebran los dos suyos con la viga de lagar que traen en ellos. ¡Oh, perniciosos hombres, que juzgáis á los otros, y no hay para vosotros juicio! Tan aguda tenéis y tan del lince la vista, que os atrevéis á mirar y escudriñar lo que está en los corazones; que Dios sólo penetra y alcanza? ¿Qué demonio os enseñó el

camino que Dios ha de tomar para levantar los caídos y traerlos á sí? ¿Por qué queréis sacar á luz, y hacer de ello juicio conforme al vuestro, lo que Dios reservó para el suyo? ¡Oh, temeridad grosera y grosería temeraria! ¡Si tuviéseis un tantito de entendimiento sano, sin duda alguna os habías de confundir con esto y avergonzar delante de Dios y de los hombres santos! ¿No sabéis que todo juicio está reservado á Dios, y nada de esto á ninguna arrogante y soberbia criatura?

§ V.
No creo yo que hay Demóstenes en el mundo, ni Cicerón, que puedan, con ninguna oración retórica, abarcar y declarar los daños grandes que esta peste infernal de la murmuración y esta tiranía de juicios han traído al mundo, las guerras y disensiones que han despertado en los hombres; las ciudades fuertes que han derribado, y las amistades estrechas que han destruído. Si alguna cosa tienes contra tu hermano; si se enojó contra tí sin culpa tuya; si te afrentó ó agravió en la persona, en la hacienda ó en la honra, procura luego, con la medicina de la mansedumbre, acercarte á él, y, con corazón agradable, quieto y lleno de misericordia, háblale, si es co-

yuntura y buena sazón, y, reprendiéndole con modestia, procura ganarle para Dios, como dice el Evangelio, y no seas como algunos impertinentes, que queriendo curar una llaga, hacen, con sus razones mordaces, otras nuevas. Si pecando tú contra Dios, Éste te esperó con mucha paciencia y sufrió, para que, volviendo en algún tiempo á su amistad, goces de su eterna bienaventuranza, ¿qué mucho harás cuando hicieres lo mismo por tu prójimo? No te espantes de hoy más, ni desprecies á tu hermano si pecare; antes bien, derrama lágrimas por él, como las derramó Cristo por tus pecados en la cruz. De otra manera, habrás de tener sobre tí tantos jueces que te condenen, cuantos son los condenados por tu juicio. Por lo cual te pido, cuan encarecidamente puedo, que elijas cortarte antes la lengua con tus propios dientes, que juzgar temerariamente á ninguno, ó irritarle con palabras duras, ó entristecerle, ó injuriarle. Y con esto me despido de los hombres, porque ya es tiempo de huir de ellos y de encerrarnos dentro de nosotros mismos, como se encierran las abejas dentro de su corcho y colmena para labrar los panales y la dulcísima miel.

DISCÍPULO. No entiendo eso.

MAESTRO. Digo que huyas de los hom-

bres, en cuanto te fuere concedido, por razón del estado y del oficio que tienes; porque las muchas ocupaciones, conversaciones y amistades, aunque buenas, inquietan y turban el alma é inficionan su pureza, y disminuyen en ella la caridad, y resfríanla, y debilitan el fervor de la devoción, y ciegan los ojos interiores, para que no eche de ver lo que le conviene. Es cosa muy fácil escapárenos la palabra ociosa, jocosa y aun de murmuración, y perder el preciosísimo tiempo en cosas de poco fruto; que, como dijo el otro sabio, los amigos son ladrones del tiempo. Y si no te parece que te conviene lo que digo, mira lo que le pasó al Santo Arsenio con el Angel: que le mandó que huyese; que callase y que se aquietase. Porque la raíz de toda nuestra bienaventuranza está en que nos conservemos quietos en soledad. Téngase, pues, por dicho, el que quisiere conversar con el mundo, que ha de padecer en su alma muchas llagas y heridas; porque todas aquellas cosas con que el hombre se distrae y se divierte, viendo, oyendo, comiendo, bebiendo, hablando y obrando, y aplicándose á negocios no necesarios, ladrones y salteadores son de la pureza del corazón y de todas las riquezas del espíritu. Por lo cual, nos conviene más que otra cosa huir, para alcanzar y poseer esta pureza.

§ VI.

El Santo Moysen, en sacando la mano del seno, la hallaba llena de lepra, y en volviéndola á retraer, sanaba de la lepra. Créeme, hijo, que si con descuido te derramares por las criaturas, que no ha de faltar lepra en tus obras; pero si huyeres de ellas al secreto interior, todo cuanto hicieres será agradable á los ojos del Señor. ¿Qué cuidado tuvo Faraón de que los hijos de Israel no sacrificasen á Dios en el desierto! Y mira el ardid de que usó para salir con su intento. Mándales salir á buscar leña y paja para calentar los hornos, y oblígales á las mismas tareas que tenían cuando les daba esta ayuda de costa; y así, ocupados todo el día en este trabajoso ejercicio, no les quedaba tiempo para sus sacrificios y trato con Dios. Pues ten por muy cierto, que es mucho mayor el hipocresía del demonio porque nos derramemos y salgamos de nosotros, muchas veces atraídos con celos indiscretos, de remediar á los otros; y suelen acontecer lo que á los nadadores, que queriendo ayudar á los que se ahogan y perecen juntamente con ellos. Nunca podrás ofrecer sacrificio puro á Dios con quietud de espíritu, si eres amigo de andar fuera de tí. ¿Qué

piensas que movió á los santos á huir á los yermos?

DISCÍPULO. Yo no sé qué les pudiese mover, sino el deseo de estar solos.

MAESTRO. ¿Tienes razón; porque en la soledad se purifica el hombre; y en esta pureza persevera de continuo; concócese á sí mismo, y anda aprovechado en el amor de Dios. En la soledad se aprende á mortificar la carne, y se confirma el alma en el bien. El que gusta de la soledad sabe á qué sabe Dios, y toma gusto en Él. En la soledad se remontan y alejan del hombre las cosas que suelen hacer mayor guerra á los avecinados en el mundo; y con el sabor de las celestiales, las cargas más pesadas se hacen ligeras. Oh, si se conociese cuánto bien trae consigo la soledad, y cuán grande sea el tesoro que en ella se adquiere! ¿Cómo la desearíamos! Por lo cual te ruego; á tí y á todos los que deséaren conservarse en el amor y temor de Dios, que huyas de los hombres, y libertes tu corazón, y de desocupes del amor de ellos, de manera que con ninguno tengas familiar amistad, trato y conversación; si no fuere muy conforme á tu espíritu; y que de su amistad recibas aprovechamiento espiritual. Responde á todos brevemente, si ó no, como más convenga; y si esto te fuere odioso y molesto, súfrello benignamente.

namamente por Cristo. Habla á todos con rostro alegre y sin ceño; ni enojado, aunque, como queda dicho, debes dejar el trato familiar de los hombres por el de tu Criador; porque mucho mejor te será tener á tu Dios propicio y amigo, que la amistad de todos los hombres del mundo; y aun cuando éstos te miren con malos ojos, ningún daño te pueden hacer, como le recibirías si tuvieses por enemigo á Dios y de tu parte á todos ellos. Otra cosa sé decirte con mucha verdad, por conclusión y epílogo de toda esta materia, y es, que para ser útil á todos, te conviene huir de todos y abstenerse de todas las cosas. Y advierte más que, como dice una persona religiosa y muy ejercitada en la oración y en el trato familiar de Dios, para la perfecta contemplación son necesarísimas tres cosas; conviene á saber: amor recíproco entre nosotros; desasimiento de todo lo criado, y verdadera humildad.

DISCÍPULO. Todo eso lo tienes dicho ya y probado; pero holgaríame mucho de que dijese aquí ahora lo que esa bendita religiosa escribe y siente de las amistades que suele haber y hay entre personas religiosas; que algunas veces las he oído condenar y otras alabar mucho.

MAESTRO. No quiero decir yo, sino que diga ella, porque habla como más experimen-

tada y bien. «No hay cosa enojosa, dice, que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando cause enojo. Si el mandamiento del amor del prójimo se guardase en el mundo como es razón, aprovecharía mucho para que se guardasen los demás. Lástima es que, por más ó por ménos, nunca acabemos de guardarle con perfección; y trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo lo demasiado, que no lo creará sino quien haya sido testigo de vista, como yo. Hace aquí el demonio grandes enredos, y siéntenos poco los que se contentan de contentar á Dios groseramente; antes les parece que sea virtud; lo cual no dirán los que aspiran de veras á la perfección, porque poco á poco quitan las fuerzas á la voluntad para que del todo no se emplee en amar á Dios. Y en mujeres debe ser esto más dañoso que en hombres, y á las comunidades acarrea mucho perjuicio. Estas amistades grandes y muy trabadas pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar más á Dios; antes creo que las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las religiones. Si la voluntad (que es cosa muy natural) se aficionare más á una que á otra, vámonos á la mano y no nos dejemos enseñorear de aquella afición. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre traigamos cuidado